

## CAPÍTULO VIII.

Al emprender Cristóbal Colon su primer viaje de descubrimientos, había hecho desplegar las velas en nombre de Jesucristo; y puso su segunda expedición bajo la invocación de la Virgen Santísima. Además, teniendo una de las tres carracas de su escuadra el nombre de *Mari-Galante*, la escogió para navío almirante, aunque era la ménos velera de las tres.

El 24 de octubre estaba todavía enfermo de las fatigas y preocupaciones que le había causado un armamento en que no respondía todo á sus miras, cuando habiéndose repentinamente declarado favorables los vientos, se levantó en mitad de la noche, mandó comunicar á toda la escuadra la orden de levar anclas, y, curado ya, dió él mismo en su buque la orden de las primeras maniobras de darse á la vela. Al objeto de no correr el riesgo de perder el tiempo, la escuadra había salido del puerto y estaba anclada en la rada.

La bella y espaciosa rada de Cádiz fué entonces el teatro de la más imponente escena naval que se hubiese realizado aún en sus aguas. En un instante una multitud inmensa coronó la línea de las fortificaciones, lo mismo que el cordón de casas blancas que se extiende por encima de esta línea de verde oscuro, como también la punta de San Sebastian, y la larga platabanda de la Isla, hasta las crestas de los islotes peñascosos llamados el Diamante y los Puercos.

Las tres carracas y las diez y siete carabelas se dibujaban confusamente á lo lejos en un cielo blanqueado apenas por los primeros resplandores del alba, y entre la ciudad y la escuadra, un inmenso lienzo de azul sombrío pintado de reflejos plateados, desaparecía por grados bajo millares de embarcaciones de variadas formas, jabeques, lanchas de pescar, bombillos, botes de recreo, galeras viejas, tartanas, en una palabra todo lo que habían podido ofrecer de vehiculos de velas ó de remos, no sólo el puerto de Cádiz, sino también los de Santa María de Rota, y toda la costa andaluza de la embocadura del Guadalquivir á la bahía de Trafalgar.

Alrededor de cada uno de los siete buques bogaban como un rebaño de botes cargados, unos de amigos, parientes, curiosos, mujeres de todas condiciones; otros de limones, naranjas, granadas, sandías y otros comestibles frescos, que compraban á última hora los marinos y los pasajeros de la escuadra.

En medio de semejante confusión, habriase podido ver, si cada cual no hubiese cerrado los ojos acerca de aquel nuevo género de contrabando, formas humanas que se levantaban furtivamente del fondo de las embarcaciones, y que se deslizaban de la misma manera por las troneras al interior de los buques. Eran pasajeros fraudulentos, y había entre ellos más de un hijo de casas acomodadas, que tanto se había apoderado ya la sed del oro en España de todas las clases. Más de trescientos individuos, de mala fama los más, y hasta reos de crímenes, consiguieron burlar de este modo la vigilancia de los jefes de la expedición, y más adelante formaron el núcleo de la oposición que hizo fracasar las más sabias y prudentes miras del Almirante.

Muy luégo, á la señal de partida, al cañonazo que resonó en todos los corazones y que destrozó más de uno, vióse desprenderse de cada buque el racimo de botes que parecía arrastrar colgando en su casco. Habíase hecho ya el vacío alrededor de la *Mari-Galante*, que, como es sabido, llevaba al Almirante y su pabellón; una sola embarcación estaba aún amarrada á ella, teniendo fijas en ella todas las miradas. Bajaron un adolescente y un niño al bote, que en seguida partió á fuerza de remos hacia el puerto. Eran los hijos de Cristóbal Colón. Enviaban besos á su padre.

Dos horas después la escuadra estaba ya fuera del alcance de la vista, y después de diez días de navegación tocaba en la Gomera, una de las Canarias.

Después de una corta estadía en estas islas, donde completó Cristóbal Colón sus provisiones de simientes y animales domésticos para la futura colonia, mandó gobernar mucho más al sud que en su primer viaje, y el 3 de noviembre, después de veinte y un días de una travesía apenas contrariada por algunas horas de mal tiempo, penetraba, según sus previsiones, en el grupo más meridional de las Antillas.

Aquel día era un domingo, el primero después de Todos los Santos, por cuya razón la primera isla descubierta recibió el nombre de Dominica, que aún lleva actualmente. El Almirante tomó posesión de ella en las formas acostumbradas; después, según costumbre, mandó levantar en ella una cruz, la primera que, en el nuevo mundo, haya sido bendecida por un ministro de la Iglesia.

Este sacerdote, á quien tantas circunstancias llamaban mejor que otro cualquiera á desempeñar dicho ministerio, este fraile, al que estaban todavía reservados para más adelante la honra y el gozo de celebrar la primera misa que oyó el nuevo continente, era, y agradecerme, querido lector, que os haya procurado

esta sorpresa, era el padre Juan Pérez de Marchena. Isabel le había escogido como un delegado de su conciencia para acompañar á Cristóbal Colón. Había querido que representara á la vez dos de las personas de aquella triada mística, á la cual, después de Dios, se debía el descubrimiento del nuevo mundo.

Hasta nuestra época no debía aparecer claramente ese misterioso concierto entre el genio individual, la Iglesia y la soberanía para el alumbramiento de una empresa tan grande. No se han necesitado menos de cuatro siglos para dar á la figura de Juan Pérez las justas proporciones que la modestia de este personaje, la falta de documentos y las preocupaciones de algunos escritores habían disimulado ó aminorado. Su concurso, su presencia también en la segunda expedición, se han pasado por alto casi siempre por los historiadores de los dos siglos últimos. Hasta se habían negado ante los más formales testimonios contemporáneos. Quizas se callarán también todavía, pero ya no se negarán merced al señor Roselly de Lorgues, quien no ha prestado este solo servicio á la verdad religiosa é histórica... y al autor de este relato.

Juan Pérez de Marchena vió pues finalmente, y uno de los primeros, aquellas nuevas tierras descubiertas por su amigo; pero, al propio tiempo que admiraba sus esplendores, pudo ver sus armonías profundamente alteradas por la mano del hombre, y las riquezas de toda clase desviadas de su fin por la avaricia y la sensualidad.

Tuvo también ocasión para meditar dolorosamente sobre la ley dura, pero formal, que, donde quiera que la fuerza está unida á la inteligencia, le sojuzga la mansedumbre y el candor.

No ignoraba Colón esta ley; con la precisión de sentido que le revelaba á la vez la constitución física y moral del mundo, había él también adivinado con la misma ojeada los lugares habitados por los feroces canibales y la superioridad intelectual de aquella raza sobre las tímidas poblaciones de las comarcas vecinas.

La primera tierra que descubrió después de la Dominica, donde no creyó deber detenerse; y *Mari-Galante*, que no lo conservó en adelante, justificó de todo punto sus apreciaciones.

Esta isla, cuyo nombre caribe de *Taruqueira* cambió él en el de la Guadalupe, estaba ricamente poblada de árboles odoríferos, cargados profusamente de flores y frutas. Desde sus primeros pasos encontró en ella cultivos bien entendidos y cuidados. Muchísimas poblaciones, abandonadas de sus habitantes, demostraban más claramente todavía una civilización relativamente bastante adelantada. Las casas sólidamente construidas con materiales ligeros como lo requería el clima, eran espaciosas, bien distribuidas para la salubridad y el recreo, adornadas casi todas con galerías ó pórticos exteriores. Observóse que había en ellas hamacas de

red de algodón, tan cómodas como elegantes, y diversos muebles y utensilios trabajados con un arte y paciencia sorprendentes; entre otros, grandes y hermosos jarros de tierra, varios de los cuales contenían trozos de carne humana cocidos y dispuestos para ser servidos.

Cabezas recién cortadas, miembros de hombres y mujeres estaban colocados en una especie de despensas ó colgados en cocinas, confusamente mezclados con cuartos de perro y de iguana, papagayos, ansarones, ánades.

La antropofagia no era pues allí un hecho accidental, determinado, como se ha observado en la mayor parte de los casos, por una cuestión de animosidad, de venganza, ó por una superstición cualquiera; era una satisfacción dada á la sensualidad, un uso común, y hecho más execrable, si es posible, por la abundancia y la variedad de géneros animales y vegetales de que gozaban los que la practicaban.

Puede fácilmente pensarse hasta qué punto afligieron semejantes horrores al pacífico Juan Pérez, por muy preparado que para ello hubiese estado por Colon.

Á este le asombraba una sola cosa, por lo muy contraria que era á sus previsiones. No comprendía que aquellos Caraibes, cuyo valor igualaba á su barbarie, no hubiesen opuesto ninguna resistencia á su desembarco, y que hubiesen dejado á su disposición todo lo más precioso que contenían sus chozas. Muy pronto sin embargo no viendo más armas que piraguas habían visto en la orilla, infirió de esto que ántes de su llegada habían partido para alguna expedición de guerra, no dejando en la isla, con las mujeres y los niños, más que un corto número de ellos.

Esta suposición no tardó en confirmarse por unas mujeres de otra raza, de las que se apoderaron muy fácilmente, porque, prisioneras como eran de los Caraibes, no les quedaba más perspectiva que ser devoradas tarde ó temprano, y servir entre tanto como esclavas ó como esposas.

Las que habían debido á su hermosura este último envilecimiento no eran por lo demás de mayor privilegio que las otras: también eran comidas luego que cesaban de agradar, pero siempre ántes de la edad en que su carne habría podido comenzar á perder de su cualidad.

Lo mismo sucedía con los frutos de estas horribles uniones, y Juan Pérez que se asombraba de la extraordinaria gordura de aquellos pobres niños, supo que la debían á los mismos medios por los cuales obtenemos las más delicadas y menos fecundas de nuestras volaterías.

Cristóbal Colon recogió todas estas víctimas, exceptuadas algunas mujeres que, adornadas y provistas de toda clase de objetos á propósito para halagar á los salvajes, fueron enviadas á las familias caraibes que se sabía estaban refugiadas en los bosques. Muy pronto regresaron las desdichadas despojadas de todo y horri-

blemente maltratadas, sin que nadie hubiese querido ni siquiera escucharlas. Llevóselas con las otras, y habiéndose presentado muy pronto la ocasión propicia, apresuráronse á volverlas á su país.

Animado siempre el Almirante del deseo de encontrar á los Caraibes, cuya energía le prometía aliados más útiles, y hasta un día cristianos más fervorosos que los débiles y voluptuosos Ciguayanos, se fué de la Guadalupe, lisongeándose de sorprender la escuadrilla que había salido de ella para hacer en los alrededores su provisión de carne humana.

De paso descubrió y dió el nombre de Monserrat á una isla que aquellos mismos Caraibes acababan de despoblar.

También descubrió y dió nombre á Santa María de la Rotonda y Santa María la Antigua, llamada hoy por abreviación Antigoa.

Otra isla, que se cree ser San Martín, no era ni ménos fértil ni ménos bien cultivada, ni ménos abandonada de sus habitantes. Un destacamento de veinte y cinco hombres capitaneado por Colon, después de haberla explorado, acababa de recoger en ella algunos cautivos, cuando encontró en el mar una piragua con cuatro indios y dos indias, una de las cuales, que llevaba los atributos de los caciques, tenía á su lado á su hijo adolescente.

Aprovechando el asombro que parecía haberles trocado á todos en estatuas, mandó Colon navegar de manera que se les cortara la retirada. Las estatuas se animaron entónces, y sin consideración al número de los extranjeros, ni al rayo que salía de sus manos, hombres, mujeres y niños comenzaron á asestar tiros con toda serenidad contra los españoles y á herirles con flechas envenenadas.

En un abrir y cerrar de ojos, contaba ya el destacamento con varios heridos y dos hombres muertos por mano de la misma reina, cuando una osada maniobra arrojó el bote sobre la piragua, y la hizo zozobrar. Pero los indios, medio sumergidos, medio nadando, no dejaron por esto de acribillar con flechas al compacto grupo de sus enemigos.

Cuéntase de diversas maneras el éxito definitivo de este combate: pero todos están contestes en que traspasado de parte á parte el adolescente de una lanzada, no tardó en espirar, no obstante los cuidados que se le prodigaron á bordo, «no mostrando ménos firmeza,—según frase de un testigo ocular,—que si hubiese sido un león de Libia.»

En cuanto á su heroica madre y á los cuatro guerreros que habían combatido á su lado, si debe darse crédito al mismo cronista, «eran tales que nadie hubiera podido buenamente mirarles sin que el corazón y las entrañas se le hubiesen estremecido de horror, por lo muy horrible, fea é infernal que era su mirada.